

*Del Revdo. Dr. Michael Smith SJ, Director del Centro Campion de Espiritualidad Ignaciana, Australia.*

Mientras caminamos con Jesús hacia el Calvario, he estado reflexionando sobre mi experiencia de su acto de amor. Me ocurrió en el Camino Ignaciano. En septiembre de 2013 acompañé a un grupo de 20 peregrinos en la ruta de peregrinación de 686 km que hizo San Ignacio de Loyola en 1522 desde su casa en el País Vasco español hasta Manresa en Cataluña. Puedes leer más sobre nuestra experiencia en: <http://ignatiancamino.com/>

Los primeros ocho días del Camino Ignaciano, aunque físicamente muy exigentes, fueron bien. El noveno día tuvimos un día de descanso en la ciudad de Logroño. Después del día de descanso nos embarcamos en una larga y, como resultó, desastrosa etapa del Camino desde Logroño hasta Alcanadre. Mientras caminábamos por las calles de Logroño, empecé a sentir un dolor agudo en la parte inferior de la pierna derecha. Pensé que podría caminar sin sentir dolor, pero no pude. A medida que avanzaba el día, el dolor empezó también en la pierna izquierda. Era insoportable caminar. Después de 12 kilómetros llegamos a un pequeño pueblo. Quería coger un autobús, un taxi o un tren hasta nuestro alojamiento en Calahorra, pero no había ninguno disponible. No tuve más remedio que seguir caminando. Después de 19 kilómetros llegamos a otro pueblecito. Tampoco había taxis. Así que de nuevo tuve que seguir caminando. Caminé los 30 kilómetros con dolor. Salimos de Logroño a las 8.20 de la mañana y eran las 6.10 de la tarde cuando por fin llegamos. Estuvimos en la carretera casi 10 horas. Fue un día muy largo y doloroso, que sólo fue posible gracias a la crema Voltaren que me unté en las piernas, a los 600 mg de Ibuprofeno y a las pastillas de Panadol, y al apoyo de los demás peregrinos.

A la mañana siguiente apenas podía ponerme en pie. Sólo podía cojear. Me había propuesto recorrer todo el Camino Ignaciano, pero sabía que si seguía caminando podía causarme daños físicos graves y duraderos. Así que me tomé un día de descanso en el hotel con bolsas de hielo en la espinilla derecha para bajar la hinchazón. Cuando los demás se , tuve una profunda sensación de soledad. También me fracasado. Yo no podía recorrer toda la distancia y ellos sí. El grupo continuó sin mí. Me sentía frustrada por no haber alcanzado mi objetivo y avergonzada por mi debilidad. Necesité seis días de reposo, una visita al hospital y algo de fisioterapia antes de poder volver a caminar.

La mañana en que reemprendí el Camino Ignaciano con los demás peregrinos me invadió una profunda aprensión. ¿Superaría la jornada? ¿O se me volvería a romper el cuerpo? Al comenzar nuestra caminata me encontré diciéndole a Jesús: "Necesito que seas mi compañero hoy". En ese momento de la peregrinación estábamos contemplando a Jesús en su Pasión. En este período los Ejercicios Espirituales Ignacio sugiere que pidamos a Dios la siguiente gracia:

[203] En la Pasión es propio pedir dolor con Cristo en el dolor, angustia con Cristo en la angustia, lágrimas y dolor profundo por la gran aflicción que Cristo soporta por mí.

Las dos últimas palabras "para mí" son fundamentales. Ignacio utiliza estas palabras cuidadosa y deliberadamente porque quiere que yo sepa que los terribles acontecimientos que se están desarrollando son un acto de amor "por mí".

Como era nuestra costumbre, caminamos las dos primeras horas en oración silenciosa. Me invadió una profunda sensación de que Jesús me acompañaba y me amaba. Mientras caminaba con Jesús tenía la profunda sensación de que caminaba hacia el Calvario por mí, que sufría por mí. Me sentí consolada y apoyada. Nunca antes había tenido la certeza de que Jesús había muerto *por mí*, pero aquella mañana la recibí. Esa fue mi experiencia de conversión.

Cuando recuerdo aquel día me doy cuenta de que si no hubiera tenido agujetas, si no hubiera fracasado en mi objetivo de recorrer todo el Camino Ignaciano, si no me hubiera sentido avergonzado por mi fracaso, si no estuviera lleno de aprensión, entonces no habría necesitado que Jesús fuera mi compañero y probablemente no habría recibido la gracia de saber de corazón que Él murió por mí.

En esta Pascua, mientras caminas con Jesús hacia el Calvario durante los próximos dos días, tal vez podrías permitir que las dos palabras "por mí" sean el centro de tu devoción. Tal vez podrías pedir a Dios la gracia de creer en tus huesos que Jesús está sufriendo "por mí".

Deseándoles todas las bendiciones en esta Pascua. Suyo en Cristo Jesús,



Acercándonos al paso final: ¡Manresa!